

Divagación sobre el AMPURDÁN y TORROELLÀ

En ese maravilloso mosaico que es la provincia de Gerona — y si el término de provincia no os gusta podéis darle el que mejor os plazca porque el hecho innegable es que las comarcas gerundenses poseen una personalidad bien definida — destaca sin duda el Ampurdán. El Ampurdán ha sido cantado por poetas y músicos, con todos los acentos posibles y es difícil descubrir otros inéditos. Yo quisiera destacar dos de sus rasgos, que parece que le predestinaron a grandes destinos, por un lado como generador de hombres e ideas, por otro como atrayente imán del fervor de indígenas y forasteros. Para darse cuenta de lo primero basta considerar su extensión, la misma que el Atica, la misma que el Lacio, la extensión ideal en esas tierras mediterráneas que desde hace por lo menos 40.000 años han sido y siguen siendo el punto neurálgico de la historia humana. Y junto a su extensión, su situación, paso obligado de los vaivenes culturales a través de los siglos, vaivenes modestos, entre Occitania y Cataluña, o vaivenes trascendentales como el provocado por su misión de puente entre España y Europa o entre África y el mundo euroasiático.

Para comprender lo segundo basta pensar en la circunstancia de que en él es posible contemplar al mismo tiempo el mar y las cimas nevadas del Pirineo, sintetizado por ese Canigó que no podemos contemplar jamás sin cierta nostalgia. Buscad otros lugares mediterráneos donde se produce ese gozo de unir en la misma visión blanco de nieve y azul de mar. Los encontraréis en unos pocos pero decisivos lugares. En el Olimpo griego donde la imaginación helénica colocó la residencia de los dioses. En las cimas del Ida cretense donde se forjó la primera gran sociedad del Mediterráneo.

Es natural que en ese marco a la vez clásico y receptor o creador de corrientes culturales, existan matices. Su belleza reside precisamente en ello, en los matices, pues como todo lo mediterráneo aparece a medida humana huyendo de lo que en otros continentes nos abate y empequeñece por su cósmica extravagancia, un cañón del Colorado en América, unas cataratas Victoria en África, por ejemplo.

Buscando esos matices en el Àmpurdán, se nos aparece en seguida el contraste entre el amplio llano de lo que llamamos Àlto Ampurdán y el extremo meridional en el que los límites se hacen más discutibles, pasando insensiblemente a la comarca hermana, la de la Selva. No acaban aquí los matices; entre Alto y Bajo Ampurdán, una zona intermedia, la que el geógrafo Carandell llamó Meso-Àmpurdán.

Nos llevaría lejos de nuestro propósito el razonar las características humanas, extraordinarias en ambos casos, de las dos mitades del llano ampurdanés. Hoy mi propósito es acentuar el papel de esa zona intermedia, que tiene un nombre: Torroella de Montgrí.

Diríamos que la comarca torroellense ofrece rasgos muy diversos. Su llano, único, es un fruto del Ter, arrastrando desde cientos de miles de años las tierras que ha ido robando a los montes que acompañan su cuenca pirenaica. Si contempláis su último trecho desde Pals o desde las estribaciones del Montgrí os daréis cuenta de que no hay en Cataluña y me atrevería a decir en España otra imagen semejante, de ubérrima huerta a la que quitan monotonía las líneas de cipreses limitando los campos o las alamedas que marcan el cauce del río. En contraste con esa masa de verdor que hacia el sur termina en la mancha oscura de los montes de Bagur, el austero gris del Montgrí, refugio de ancestrales poblaciones, que muestra una joya histórica en su castillo, bien visible, y otra escondida en sus repliegues, la vieja ermita de Santa Catalina. Pero este mazizo toma formas gigantescas en su flanco marino, donde apenas alguna estrecha cala humaniza los acantilados, y cuya prolongación en ese resto de convulsiones geológicas que son las islas Medas, da a la bahía del Estartit una belleza única en el litoral mediterráneo español.

¿Diremos que todo ello nos basta? Creo que sin maltratar su encanto, nuestra comarca torroellense, encierra posibilidades enormes de ser embellecida o mostrada. En realidad nada se ha hecho hasta ahora para poner al alcance de nuestros propios conciudadanos o de quienes han elegido el país como lugar de descanso, esa serie de bellezas ocultas que brevemente hemos intentado señalar. ¿Quién conoce y disfruta del encanto de ese inmenso parque formado por las arenas que la tramontana ha situado entre el Montgrí y la «Montaña Gran»? ¿Cuántos ascienden cada verano al castillo de Montgrí? ¿Quiénes recorren la meseta de la Meda Gran? ¿Cuántos han realizado a pie la travesía de Sa Riera a Estartit? ¿Quiénes conocen de cerca la faz de nuestras masías con sus torres? Y así seguiríamos haciendo preguntas que habría que contestar negativamente. Muchas de las cosas que habría que hacer pueden ser realizadas



"El austero gris del Montgrí, refugio de poblaciones ancestrales, que muestra una joya histórica en su castillo..."

(Dibujo de Francisco Soler)

por nuestras propias comunidades. Si nosotros mismos no hacemos un esfuerzo acaso habrá que pensar que no nos merecemos lo que Dios ha puesto en nuestras manos.

El camino al castillo que permita acercarse a él en coche, llegar a Santa Catalina y visitar al mismo tiempo el «Cau del Duc» vivienda del hombre paleolítico. La ruta de las masías, que incluya algunas tan típicas como Torre Bagura y la Torre Gran, puesta en valor por iniciativa particular, el arreglo de las sendas en la Meda Gran, el paseo de Estartit hasta el Ter, en espera de que un puente sobre su desembocadura permita iniciar la tan necesaria vía de cornisa costera, elemental y bochornosa falla en nuestra previsión turística. Y tantos y tantos detalles que van apareciendo en cuanto se mira con cariño, activa y no pasivamente, nuestra misión actual en la vida europea, que no es sino la continuación de la que hemos tenido a lo largo de los siglos: unión de tierras y gentes, fecundidad cultural e ideológica. Y en todo ello, esta porción torroellense de tierra ampurdanesa, menos genial acaso que sus hermanas del Alto y Bajo Ampurdán, con su serena armonía, hace un poco de clave, y da salida al mar a la Gerona interior.

¡Feliz Torroella si sabes ser fiel a tu destino y no te duermes en una fácil prosperidad!

LUIS PERICOT



La belleza de nuestro
paisaje puede apreciarse
en esta panorámica
aérea, con la visión de
la dilatada y magnífica
playa de Estartit y al
fondo las islas Medas.

(Fotografía TAF)